

para no dejarse encerrar en esta plaza, fué luego á tomar posición á un valle que desemboca en esta ciudad, y desde donde se apoyaba en el Apenino, á cuyo pie se movían las fuerzas de Sempronio, que venía á incorporársele. Escipión sentó su campo en unas alturas por encima del Trebia, río torrentoso tristemente célebre, así en nuestra historia como en la de Roma, que desciende del Apenino al fondo de un estrecho valle, amplio ya, á unas doce millas de Plasencia. Allí esperó el cónsul la llegada de su colega Sempronio, á quien había llamado en ayuda, y el cual había venido con todas sus fuerzas, de Regio á Arimino, en espacio de cuarenta días.

¿Qué camino habían seguido estas legiones desde las costas del Adriático hasta las márgenes del Trebia? Cruzar la Cisalpina por el país de los boyos, era exponerse á las agresiones de los galos, y al mayor peligro de encontrar á Aníbal, antes de incorporarse al otro ejército consular. Sempronio debió de atravesar la Etruria, seguir la vertiente meridional del Apenino, que ocultaba su marcha, y desembarcar por los cerros que se abrían á espaldas de Escipión.

Los romanos tenían parte de sus almacenes en Clastidio, punto fortificado á orillas del Po, por encima de Plasencia. Aníbal envolvió esta plaza, espantó ó sedujo á su gobernador, un hijo de Brindis, y entró en ella; adquisición tan preciosa para él, como funesta para los romanos. Sempronio creyó más urgente aun la batalla, excitado por este mismo contratiempo. Polibio, amigo de los Escipiones, dice que orgulloso Sempronio de una ligera ventaja obtenida en una escaramuza, quiso, á pesar de su colega, dar la batalla, para no dejar á los generales del año siguiente el honor de libertar á Italia. No era posible que dos cónsules y cuarenta mil romanos rehusaran el combate con aquellos cartagineses á quienes habían vencido tantas veces en la primera guerra púnica; ni Sempronio fué llamado de Sicilia para que contemplara desde el seguro de su campo atrincherado la devastación de las llanuras del Po. Este caudillo hizo bien en combatir, pero no acertó á tomar disposiciones convenientes, ni debió dejarse engañar por ardidés que otro más experto hubiera adivinado.

En efecto, una mañana fueron los nómadas al rededor del campamento romano, antes de la hora del desayuno, é insultando á los soldados, hubieron de atraerlos, fuera de las heladas aguas del Trebia, á un llano en que Aníbal había emboscado en el lecho de un torrente dos mil hombres confiados á su hermano Magón.

Debilitados por el hambre, por el frío, por la nieve con que el viento les azotaba el rostro, llevaban los romanos la peor parte, cuando vieron salir la infantería cartaginesa, bien descansada, bien comida, bien untada de aceite, á la cual había tenido Aníbal hasta el último momento al calor del fuego ó de la tienda para que ni siquiera tuviese frío. Mas de veinticinco mil romanos perecieron ó se extraviaron en aquel hecho de armas: diez mil solamente al mando de Sempronio pudieron abrirse paso por en medio de los galos de Aníbal, y llegar á Plasencia, donde, cerrada ya la noche, logró Escipión atraer algunos fugitivos.

Esta victoria fué debida á la caballería nómada, por otra parte tres veces más numerosa que la romana (1); ella introdujo el desorden en las dos alas del ejército enemigo, mien-

(1) Acostumbrados á combatir en un país montañoso, los romanos tenían poca caballería: en el Trebia 4,000 caballos por 36,000 infantes, ó 1 por 9. Aníbal tenía 10,000 caballos por 20,000 infantes, ó 1 por 2. Napoleón también hubo de aumentar mucho la proporción de la caballería en los ejércitos franceses, y los autores militares están de acuerdo en sentar por principio que la caballería debe ser á la infantería como 1 es á 4, á 5, á 6, según la naturaleza del terreno en que se combate.

tras los jinetes de Hannón llevaban el espanto al cuerpo de batalla atacándolo por la espalda.

La derrota del Tesino había rechazado á los romanos más allá del Po, y la del Trebia todavía los rechazó más allá del Apenino: exceptuando las plazas de Plasencia (2), Cremona y Módena, la Cisalpina estaba perdida para ellos.

Hasta aquí el plan de Aníbal no había tenido malogro. Pero mientras él se abría el camino de Roma, Cn. Escipión en España cerraba á sus hermanos el de la Galia. Tropas enviadas á Cerdeña, á Sicilia, á Tarento, guarniciones establecidas en todas las plazas fuertes y una flota de sesenta galeras, habían cortado todas sus comunicaciones con Cartago.

Poco importaba esto al afortunado general cartaginés, como quiera que los galos acudían en tropel á sentar plaza en sus banderas, y los prisioneros italianos, tratados con benevolencia, y luego libertados sin rescate, iban, á su parecer, á ganarle los pueblos de la península. De los dos caminos que allá conducían, eligió otra vez el más difícil, pero el más corto, y á pesar de lo adelantado de la estación, se puso en marcha para pasar el Apenino. Un espantoso huracán, como los que suelen estallar en aquellas montañas, hubo de rechazarlo. Volvió entonces á la Cisalpina, y manteniendo el bloqueo de Plasencia, esperó la vuelta de la primavera.

IV. — TRASIMENO (217) — CANAS (216).

Napoleon ha dicho: «Cuando se tiene la Italia septentrional, el resto de la península cae como una fruta madura.» Esto era una verdad en su tiempo, en que de los dos lados del Apenino todo estaba maduro para una próxima caída; pero no lo era en tiempo de Aníbal, porque un pueblo valiente, disciplinado y resuelto á vencer, esperaba allí al invasor detrás de la triple é inexpugnable muralla de ciudades ceñidas de muros ciclópeos, ligadas unas á otras por fáciles vías.

Los galos habían contado con una expedición rápida y con el botín, y era preciso mantener el ejército y someterse á la disciplina. El descontento engendró conspiraciones, de las cuales no se libró Aníbal, según parece, sino por medio de frecuentes disfraces, mostrándose ahora como joven, ahora como anciano y desbaratando así las tramas ó inspirando á aquellos groseros espíritus una especie de respeto religioso.

En cuanto cesaron los fríos, se resolvió á pasar á la Etruria en busca de las legiones, que no se habían atrevido á venir á disputarle la Cisalpina. Para desorientarlos otra vez, tomó el camino más difícil lanzándose en medio de inmensos pantanos, donde, por espacio de cuatro días y tres noches, tuvo que andar el ejército por agua y por cienago. Los africanos y los españoles, colocados en la vanguardia, pasaron sin muchas pérdidas; pero los galos que seguían ya por un suelo pisoteado se deslizaban y caían á cada paso. Sin la caballería que los empujaba con la espada á los ríos, hubieran retrocedido; pero muchos perecieron. Casi todos los bagajes y las bestias de carga se quedaron en los pantanos. El mismo Aníbal, montado en su último elefante, perdió un ojo, á consecuencia de los insomnios, las fatigas y la humedad de las noches.

Al salir de estos barrizales que fueron desecados después cuando se hizo el trazado de la vía Emilia, entró en el Apenino, pasó el desfiladero de Pontremoli y descendió al valle del Arno marchando por Fesule sobre Arretinum.

(2) Encerrado Sempronio en esta plaza, obtuvo sin embargo algunas ventajas sobre Aníbal (Tito Livio, XXI, 57, 59).

Si vigilando todos sus movimientos, hubieran venido los romanos á atacarlo al salir de los pantanos ó de la montaña, habrían detenido allí su fortuna; pero no sabían hacer la guerra con esta previsión. Acampados bajo los muros de Arretium y de Arimino, esperaban con paciencia que el enemigo se presentara por los caminos ordinarios, olvidando sin duda que ocho años antes, los galos habían seguido otro, que sin la feliz inspiración del cónsul Emilio, los hubiera conducido en derechura á Roma. Las legiones de Arretium estaban mandadas por Flaminio, que siendo tribuno, había hecho pasar una ley agraria, cónsul, había vencido á

pesar de los augures, y censor, ejecutado grandes obras de utilidad pública pagándolas con los censos, que los detentadores de los bosques, pastos y minas del Estado debían al tesoro y se olvidaban de pagar por la tolerancia del senado. El pueblo acababa de darle el segundo consulado á pesar de la oposición de los grandes. Ultimamente, Flaminio había extremado el odio de la nobleza contra él sosteniendo una ley que prohibía á todo senador tener en la mar un barco con más de trescientas ánforas. Así para anular su elección, se habían hecho los más siniestros presagios; unos imaginados por los que tenían interés en producirlos;



El arúspice (1)

otros aceptados por la credulidad popular y aun por la de los más graves personajes.

En Lanuvio, había agitado la diosa Juno su lanza; piedras abrasadoras habían caído en Preneste y salido llamas del mar; en Amiterno se habían visto vagar blancos fantasmas; en Faleria habían menguado las suertes y en una de ellas se leía: «Marte blande su lanza;» en Cere las aguas habían arrastrado sangre; en Capena hubieron de aparecer dos lunas en el cielo. Como si esto no bastara, en Sicilia habían brillado llamas en las cuchillas de las lanzas; en la Galia un lobo hubo de arrancar la espada á un centinela; algunos escudos habían sudado sangre y caído bajo la hoz espigas ensangrentadas: insanos terrores nacidos de creencias extravagantes ó del espanto producido por fenómenos ignorados y que prueban cuántas y cuán necias fantasías puede engendrar el espíritu humano aun en el pueblo más frío de la tierra. En nombre del senado el pretor de la ciudad prometió á los dioses ricas ofrendas, si conservaban la república por espacio de diez años en el estado en que se hallaba antes de la guerra; las matronas consagraron una estatua de bronce á la diosa Juno del Aventino y continuos sacrificios y rogativas solemnes llenaron la ciudad y el ejército de temores supersticiosos.

(1) Un arúspice consulta las entrañas y el hígado de un buey que se acaba de inmolar, y parece dar cuenta de lo que presagian. El victimario tiene en la mano derecha el mazo (*malleus*) con que hirió la víctima y el vaso en que ha recibido su sangre. Este bajo-relieve es acaso el único que ofrece esta ceremonia. Museo del Louvre, n.º 439 del catál. Clarac.

El recién elegido no hizo caso de esto. Ciertamente de ser detenido en Roma por falsos auspicios (2), parte secretamente de la ciudad, sin haberse puesto en su casa, según costumbre, la toga pretextada, ni tomado en el Capitolio la clámide ó capa militar, ni hecho en el monte Albano el sacrificio obligatorio á *Júpiter Lacial*.

Para justificar este desprecio de los dioses y de las más antiguas costumbres, le era necesaria una victoria. Polibio dice que la buscó con imprudencia presuntuosa. Sin embargo, espera en su campamento de Arretium el ataque de Aníbal, y cuando el cartaginés, que, falto de máquinas de guerra, no podía tomar una plaza ni forzar un campamento, le echa delante, entonces sigue él sus huellas sin precipitarse, advirtiéndole á su colega que parte de Arimino con todas sus fuerzas, de suerte que podía tener la esperanza de renovar la campaña tan felizmente terminada en otro tiempo en el cabo Telamón. Finalmente en Trasimeno, no fué él quien atacara; pero tuvo el descuido, que pagó con la vida, de no explorar su marcha, y la torpeza de caer en el lazo que le tendió su hábil adversario.

Aníbal había dejado tras sí las altas murallas de Arretium y de Cortona, cuando, á siete millas al Sur de esta última ciudad, se encontró á la vuelta de una estribación de montañas, á orillas del lago Trasimeno (lago di Perugia), un manto de agua sin fondo, pero de diez millas de largo y

(2) *Auspiciis emittendis*. (Tito Livio, XXI, 63.) El tribuno Herenio acusó el año siguiente á los augures de fraudes piadosos. (Ibid., XXII, 34.)

ocho de ancho. Por la parte del camino, las colinas de Gualandro (*montes Cortonenses*) trazan un semicírculo cuyos extremos vienen á caer al lago, cerca de los villajos de Borghetto al Norte y de Tuore al Sur. Es un circo natural que envuelve una pequeña llanura que no puede descubrirse hasta que se está ya en ella. Siguiendo el camino á lo largo del lago, Flaminio, que seguía al ejército cartaginés, iba necesariamente á caer en este mal paso. Allí lo esperaba Aníbal, el cual situó la infantería pesada en el fondo del llano para cerrar la salida del Sur, dispersó por las alturas á los honderos y apostó á los nómidas y á los galos detrás de las colinas que dominan el paso del Norte.

Flaminio conocía el terreno, que había atravesado ya para venir al campamento de Arretium; pero le faltaba el instinto militar. Allí, donde Aníbal había encontrado un campo de batalla admirablemente preparado, no había visto Flaminio más que agua y montes que embrazaban el camino.

Al amanecer, sin sospechar nada del gran movimiento de hombres que se hacía á su alrededor, entró confiadamente en el paraje. La espesa niebla que se elevaba del lago cubría la llanura, mientras en las colinas, bañadas de luz, tomaba el enemigo, sin ser visto, sus últimas disposiciones.

De pronto se oyeron grandes gritos á la cabeza, á la cola y en el flanco del ejército romano, que fué atacado por todas partes sin darle tiempo á que manejara sus armas ni á que cambiara el orden de marcha en orden de batalla. Fué un horrible combate; no duró más que tres horas, pero tan recio y encarnizado que no hubieron de notar los combatientes un terremoto que en aquellos momentos derrumbó algunas montañas.

Flaminio murió á manos de un jinete insubre; quince mil de los suyos mordieron el polvo, y otros tantos quedaron prisioneros; muy pocos pudieron librarse (2). Un arroyo que cruza el llano fatal conserva aún el recuerdo de aquella gran matanza, el *Sanguinetto*. En cuanto á Aníbal, sólo perdió en el empeño mil quinientos hombres, casi todos galos.

El día siguiente, cuatro mil jinetes enviados por el otro cónsul, cayeron también en medio del ejército victorioso; y algunos días después, una flota de transporte que llevaba municiones para el ejército de España, fué apresada por cartagineses á las inmediaciones de Cosa (217).

(1) Clámide, traje de guerra del general romano, especie de capa de púrpura que usaban sobre la armadura. De un bajo-relieve de la columna Trajana.

(2) Tito Livio dice 10,000; pero la narración de Polibio da á entender que fué aniquilado el ejército romano.

De Trasimeno á Roma sólo hay 35 leguas; el camino estaba libre, porque el otro ejército consular, que acababa de perder toda su caballería, quedaba aún muy atrás, cuando ya los nómidas se mostraban bajo los muros de Narnia, á dos jornadas del Capitolio. Aníbal, sin embargo, no se creía bastante fuerte, á pesar de sus victorias sobre los dos ejércitos contrarios, para arriesgar una marcha sobre la gran ciudad. Su benevolencia con los prisioneros italianos, á quienes daba libertad sin rescate, no le había dado aún el resultado que esperaba. Tampoco la Etruria daba señales de afecto á aquel amigo de los galos; y la primera ciudad que atacó, después de la jornada de Trasimeno, la colonia de Espoletto, lo rechazó victoriosamente.

Luego, desde su partida de España no habían tenido reposo sus trabajadas tropas; arrastraba multitud de heridos y enfermos; hombres y caballos estaban cubiertos de lepra, adquirida en los malsanos campamentos de la Cisalpina. Para rehacer sus tropas las condujo á las fértiles llanuras del Piceno, donde hizo lavar sus caballos con vino añejo, cuidó á sus heridos y hartó de botín á sus mercenarios. ¡Singular homenaje prestado por el vencedor de Trasimeno á la organización militar de los romanos! Aníbal armó á su infantería libia con la espada corta y el grande escudo de los legionarios.

En Roma se había disimulado la extensión del desastre de Trebia; pero ante la derrota de Trasimeno, hubiera sido una temeridad el disimulo y no se ocultó nada. El pretor Pomponio reunió al pueblo y sólo dijo estas palabras: «Hemos sido vencidos en un gran combate.» Estas palabras cayeron sobre la multitud como un viento impetuoso sobre un vasto mar, y difundieron la consternación en su seno. El senado se declaró en sesión permanente por espacio de dos días, proveyendo á todo desde la curia. Se cortaron los puentes del Tíber, y se pusieron en estado de defensa las puertas y las murallas, donde se amontonaron los proyectiles. No se llamó un soldado de Sicilia, de Cerdeña, ni de España; pero como en todos los casos de peligro público, se resolvió concentrar todos los poderes en manos de un jefe único. El dictador debía ser nombrado por un cónsul; pero Flaminio había perecido y era imposible comunicarse con Sempronio. En su virtud decidió el senado pedir al pueblo que designara un productador. De esta manera no se violaba la ley, y como era el mismo soberano quien hacía esta derogación de la costumbre, todos los ciudadanos debían obediencia al nuevo magistrado, y los dioses mismos su protección.

Roma estuvo entonces admirable por su buen sentido político. Ante el peligro común, desaparecieron los partidos: el pueblo eligió por dictador ó productador al jefe de la nobleza, á un miembro de una de las más gloriosas familias de Roma, á Fabio Máximo, y la aristocracia aceptó por maestro de la caballería á uno de los favoritos del pueblo, á Minucio.

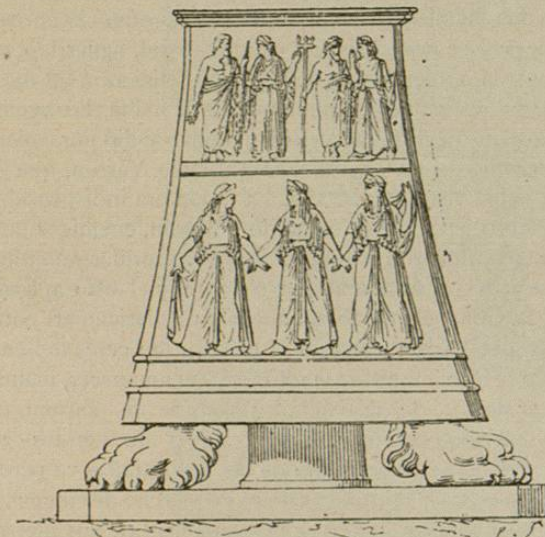
Era preciso persuadir al pueblo de que sólo había sido vencido por la impiedad de Flaminio: Fabio ordenó que se volvieran á hacer rogativas públicas y sacrificios; se celebró un *lectisternium* en honor de los doce dioses (3); se les ofreció una *primavera sagrada*, y juegos, y templos; y un pretor

(3) He aquí cómo fueron colocados los convidados en este banquete divino: *Ses pulvinaria in conspectu fuerunt: Jovi ac Junoni unum, alterum Neptuno ac Minerva, tertium Marti et Veneri, quartum Apollini ac Diane, quintum Vulcano ac Veste, sextum Mercurio ac Cereri.* (Tito Livio, XXII, 10.) A ejemplo de las mujeres romanas, *femine cum viris cubantibus sedentes cenabant*, las diosas estaban sentadas en sillas (*in sellas*) y los dioses recostados *in lectulum*, especie de lecho ó canapé. (Val. Max. II, 1, 2.)

quedó exclusivamente encargado de velar por el cumplimiento de estas numerosas expiaciones.

En cuanto á la *primavera sagrada*, que los libros sibílicos demandaban, el pontífice máximo ordenó que se propusiera al pueblo la cuestión siguiente: «Si de aquí á cinco años el pueblo romano de los Quírites sale felizmente de esta guerra, ¿queréis, ordenáis que se haga á Júpiter una ofrenda de todo lo que la primavera haya visto nacer en bueyes, cabras, ovejas, puercos, á partir del día fijado por el senado y el pueblo?»

Habiéndose aceptado esta proposición todos los ciudadanos quedaron legalmente obligados á cumplir este voto en la época determinada. Además el pontífice máximo tuvo cuidado de enumerar los casos en que el sacrificio no sería *legítimo*, á fin de que el pueblo romano no fuera responsable de estas irregularidades para con los dioses, y para que estos quedaran á su vez obligados á mantener el convenio



Altar de los Doce dioses (1)

que los sacerdotes hacían en su nombre. Para los dioses homenajes, honores; para Roma la victoria. Y de buena gana hubieran dicho á sus dioses, como los aragoneses á sus reyes «Y sino, no.»

Se extraña que Aníbal después de su victoria en Trasimeno, no hubiera procurado acabar con el otro ejército consular. A orillas del Po, no había tomado las fortalezas que guardaban para Roma la Cisalpina. Contento con romper y arrollar todo lo que podía oponerse á su marcha hacia adelante, no tenía ninguna inquietud por lo que dejaba atrás. Y es que tenía prisa en llegar á la Italia meridional, en hallarse en medio de los pueblos que él creía dispuestos á reunirse, cerca de Sicilia, que podría sublevar, á poca distancia de la Grecia, de España y de Africa, con las cuales quería tener fáciles y seguras comunicaciones. Mientras ganaba el Adriático, desde donde despachó á Cartago un navío que llevó la primera noticia de sus sorprendentes triunfos, franqueaba Sempronio el Apenino y descendía al valle del Tíber hasta Oriculi, donde se incorporó al ejército productador.

Fabio á la cabeza de cuatro legiones fué á buscar á Aníbal que había seguido el litoral del Adriático hasta la Apulia

(1) Gran base triangular de una trípode, llamada altar de los Doce dioses, en el Museo del Louvre. Arriba, Júpiter armado del rayo y mirando á Juno; á la izquierda de Juno, Neptuno ó el Océano y Ceres ó la Tierra; abajo, las tres Gracias.

con la esperanza de sublevar la Magna Grecia, como había sublevado la Cisalpina. A su paso, hubo de hacer espantosos estragos sin apartar de Roma á ninguno de sus aliados; porque al frente de sus numerosos auxiliares cisalpinos, parecía conducir él mismo una de aquellas invasiones galas tan temibles para los italianos. El aspecto salvaje de sus africanos espantaba las poblaciones; se le acusaba de alimentar á sus soldados con carne humana y se le veía hacer una guerra sacrílega á los dioses de Italia. A excepción de Tarento, demasiado humillada para no desear el abatimiento de Roma, todos los griegos hacían votos por la derrota de los cartagineses, sus antiguos enemigos. Los de Nápoles y Pesto enviaron el oro de sus templos al senado, que no aceptó sino una parte mínima, para que pareciera que el tesoro tenía recursos inagotables y esta confianza aumentara ó sostuviera la fidelidad de sus aliados. Seguro de la fortuna de Roma, aun después de la derrota de Trasimeno, ofreció Hierón una estatua de oro de la Victoria, de 320 libras de peso, mil arqueros ú honderos, trescientos mil modios de trigo y doscientos mil de cebada, y prometió enviar víveres á donde quiera que los necesitaran los ejércitos romanos.

Fabio se había trazado un nuevo plan de campaña: encerrarlo todo en las plazas fuertes, hombres y provisiones, arruinar por sí mismo el país llano y rehusar en todas partes el combate; pero seguir paso á paso al enemigo, caer sobre sus forrajeadores, copar sus convoyes de víveres, molestarlo sin tregua ni descanso, destruirlo en detalle. Sin plazas donde retirarse, sin aliados, sin dinero, sin convoyes seguros, y con mercenarios, que buscando sólo en la guerra el botín y los placeres del día siguiente, están siempre dispuestos á gritar «licencia ó batalla», Aníbal no hubiera podido resistir mucho tiempo esta prudente táctica del Temporizador.

En vano desoló á su vista la Daunia, el Samnio y la Campania: Fabio lo seguía por las montañas, oculto entre las nubes y la niebla, tan impasible á los insultos del enemigo, como á las burlas de sus soldados. Un día, sin embargo, engañado Aníbal por sus guías, hubo de penetrar por la parte de Casilino en el fondo de un valle cuyo extremo estaba cerrado por impracticables pantanos, Fabio tomó las alturas, cayó sobre la retaguardia de los cartagineses, que perdió ochocientos hombres, y guardó la única entrada con un cuerpo numeroso: Aníbal pues estaba cogido.

Pero á media noche hizo soltar hacia lo alto de la montaña dos mil bueyes llevando en los cuernos manojos de sarmientos encendidos y creyendo la guardia del desfiladero que el enemigo huía por este lado, abandonó su puesto, de que se apoderó Aníbal sin demora. El peligro había pasado, pero con la vigilancia del Temporizador, podía reaparecer.

Afortunadamente para Aníbal, los romanos estaban ya indignados de lo que llamaban vergonzosa timidez, y respetando de intento los cartagineses las tierras de Fabio, todavía hubieron de gritar ¡traición!

En vano puso sus tierras en venta para rescatar prisioneros; arrastrado el pueblo por un ligero éxito que el general de la caballería obtuvo en su ausencia, dió á Minucio una autoridad igual á la del productador. Fabio compartió con él sus fuerzas, y Minucio, demasiado débil, fué batido en el primer encuentro, cerca de Larino, y aun hubiera perecido, á no haber bajado Fabio de las alturas á salvarlo. «Por fin, dijo Aníbal, por fin ha reventado la nube que cubría la montaña y dado lluvia y tempestad.»

Minucio volvió de suyo á ponerse á las órdenes de su antiguo jefe, y cuando el dictador resignó el cargo al cabo de seis meses, parecían en próspero estado los negocios de